



Incluso uno solo de estos pequeños

Mensaje de los obispos de la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana de la Conferencia Episcopal Española.

El lema «Incluso uno solo de estos pequeños», inspirado en el texto evangélico de Mateo 18,5, resuena hoy con una fuerza particular en medio de una realidad marcada por la movilidad humana a gran escala. Para nosotros lo hace especialmente, pues nos sirve para revivir a nivel personal y comunitario la experiencia vivida con intensidad durante el viaje del papa a Canarias. Sus gestos, discursos y mensajes movieron nuestras conciencias, compromisos y actitudes. No es un lema abstracto ni meramente espiritual: es una afirmación profundamente concreta que interpela nuestra conciencia individual y colectiva. En un tiempo en el que los flujos migratorios se analizan con frecuencia desde cifras, porcentajes o discursos políticos, esta expresión nos obliga a detenernos y a cambiar el enfoque. Nos invita a mirar más allá de las estadísticas y a reconocer el valor único e irrepetible de cada niño, niña o adolescente migrante.

«Incluso uno solo» es una formulación que rompe con la lógica dominante de lo cuantitativo. En muchos debates actuales, la relevancia de una situación parece medirse por su magnitud: cuántos llegan, cuántos se quedan, cuántos suponen un coste o un beneficio. Sin embargo, este lema nos sitúa en una perspectiva radicalmente distinta, tal como nos recuerda el papa León XIV en su reciente encíclica *Magnifica Humanitas*: la dignidad humana «pertenece a todo ser humano simplemente por el hecho de existir (...). No se adquiere, no debe ganarse ni necesita ser demostrada» (MH 52-53). Una sola vida tiene un valor infinito. Un solo niño migrante, con su historia, sus miedos, sus esperanzas y sus he-

ridas, merece toda la atención, toda la protección y todo el respeto.

Humanizar nuestra mirada y recuperar la dimensión personal es esencial para construir una sociedad más justa y es uno de los grandes desafíos que plantea este lema. Cuando miramos a un niño migrante y lo reconocemos como alguien único, con sueños y capacidades, cambia nuestra forma de relacionarnos con él. Deja de ser un problema que gestionar para convertirse en una persona que acoger y con la que encontrarse. Lo expresó muy bien el papa en Canarias cuando dijo que la conversión de la mirada comienza «cuando el migrante deja de ser “uno más”, deja de ser una categoría y una cifra. Solo entonces comprendemos que esa niña podría ser nuestra hija, esos rostros parte de nuestra familia; y entonces, la conciencia se queda sin excusas» (*Discurso en el muelle de Arguineguín*).

Este cambio de mirada no es solo emocional, sino también profundamente ético. Cuando decimos «incluso uno solo», estamos afirmando que no existen vidas descartables. En un mundo donde a menudo se normalizan dinámicas de exclusión, ya sea por origen, situación legal o condición social, este lema actúa como una denuncia silenciosa pero firme. Todo migrante, también los menores, posee una dignidad intrínseca que no puede ser ignorada ni relativizada.

Desde la perspectiva evangélica, esta afirmación adquiere aún mayor profundidad. Acoger a uno de estos pequeños no es simplemente un acto de generosidad o de filantropía. Es, según el propio Evangelio, un encuentro directo con Cristo (cf. Mt 18,5). Esta idea transforma completamente el modo en que entendemos la acogida. Ya no se trata de una opción entre otras, ni de una respuesta condicionada por intereses o conveniencias. Se convierte en una gracia, en un don y en una exigencia que toca el núcleo de nuestra fe. En cada niño migrante se hace presente una llamada que no puede ser eludida sin consecuencias para nuestra propia identidad como personas y más aún como discípulos de Jesús.

Esta dimensión espiritual no excluye, sino que refuerza, la responsabilidad social y política. Reconocer la dignidad sagrada de cada menor implica también comprometerse con la defensa efectiva de sus derechos. Muchos niños, niñas y adolescentes migrantes viven en situaciones de extrema vulnerabilidad. Sus derechos más básicos como la seguri-



dad, la educación, la salud, la protección familiar, están frecuentemente amenazados o directamente vulnerados.

No se trata de casos aislados, sino de una realidad estructural que atraviesa fronteras. Hay menores que emprenden viajes peligrosos, sin disfrutar del derecho a un ambiente familiar que los proteja y eduque, exponiéndose a redes de trata, a la explotación o a la violencia. Otros llegan a destinos donde se encuentran con barreras legales, sociales e ideológicas que dificultan su integración. Algunos permanecen en sistemas de acogida saturados, sin el acompañamiento adecuado. Y muchos, incluso los que se desplazan junto con sus familias, cargan con experiencias traumáticas y experiencias de duelo y de rechazo que marcan profundamente su desarrollo e integración futura. La infancia se convierte en el grupo más vulnerable de los migrantes.

Ante esta realidad, el lema «Incluso uno solo de estos pequeños» nos impide refugiarnos en la indiferencia. Nos invita a dar un paso más allá de la simple compasión. Es necesario traducir esa sensibilidad en acciones concretas, en políticas justas, en estructuras que protejan y promuevan el desarrollo integral de cada menor.

Este compromiso debe manifestarse en distintos niveles. En el ámbito personal, implica abrir los ojos y el corazón; dejar de ver al migrante como un «otro» distante y reconocerlo como un prójimo cercano. Supone cuestionar prejuicios, informarse, implicarse en iniciativas de apoyo o voluntariado. En el ámbito comunitario, significa construir entornos acogedores que contribuyan a una cultura del encuentro y a crear comunidades acogedoras que se conviertan en nueva familia, donde la diversidad no sea percibida como una amenaza, sino como una riqueza. Y en el ámbito institucional, exige políticas que garanticen protección, defensa e integración, poniendo en el centro la dignidad de la persona.

El lema también nos interpela en relación con nuestras prioridades como sociedad y como Iglesia. ¿Qué lugar ocupan los más vulnerables en nuestras prioridades pastorales, en las decisiones políticas y económicas? ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a invertir recursos en su protección y desarrollo? ¿Qué tipo de mundo estamos construyendo si permitimos que niños y niñas crezcan en condiciones de inseguridad y exclusión?

«Todo migrante, también los menores, posee una dignidad intrínseca que no puede ser ignorada ni relativizada».

Responder a estas preguntas no es sencillo, pero es imprescindible. La verdadera justicia no se mide por el bienestar de la mayoría, sino por la forma en que se trata a quienes están en los márgenes. Los menores migrantes son un espejo que refleja nuestras incoherencias, pero también nuestras posibilidades.

No queremos terminar este mensaje sin dirigir una palabra a los que ya camináis al lado de los niños, niñas y adolescentes por los caminos de la migración. Muchos lo hacéis en organizaciones de la Iglesia, llevando a cabo proyectos de acogida, acompañamiento e integración. Gracias y mucho ánimo. No os canséis de ayudar, de acoger, de cuidar y de proteger. Que encuentren en vosotros el apoyo que necesitan para madurar y llegar a ser los adultos que, viviendo en sus carnes la experiencia de la acogida y del encuentro, recreen esta sociedad que les necesita y necesitamos.

